

atraso de su civilización; pero precisamente en previsión de ese argumento, he citado al negro, cuyo estado de cultura sí puede compararse al suyo, y el negro es, en Cuba por lo menos, tan depravado como un pompeyano o un napolitano o un snob londinense de nuestros días. Otro tanto puede decirse de los asiáticos que nada tienen que aprender de los europeos en este capítulo. (1)

Los historiadores españoles y mexicanos le han formado a la antigua civilización americana una espesa leyenda de barbarie. Sin embargo, después de las demostraciones de Marcel Bertrand (Bulletin de la So-

(1) Los extranjerios retrados se escandalizan de la desnudez peitoral de nuestras Indias. Ignoran que el pudor es una forma discrecional de las costumbres. El islamismo establece el pudor en la boca de sus mujeres en tanto que las parisienas la tiñen para darle relieve y carecen de pudor en las pantorrillas.

En 1912, los municipales de la Capital quisieron, a pretexto de decencia, imponer a nuestros hambrientos huacaleros el uso obligatorio del pantalón. He aquí cómo combatió "Cráter" ese luminoso proyecto:

"Se necesita un espeso cretinismo para afirmar, como ya lo ha hecho el Ayuntamiento de la Capital, que la indumentaria de nuestros Indios es indecorosa. En los climas fríos, el vestido del Indio es insuficiente; pero se cubre con su jorongo, y además, en todo caso, de ello es él quien sufre. Si queremos evitarlo, habrá que mejorar su situación, hasta que ésta, dejando de ser tan miserable, le permita pagar pantalón, zapato y aun frac si se quiere. En los climas cálidos, el calzón es racional, propio e higiénico. Es, además, "modorito". El calzón y el guatache de un Indio "huelen menos" que el cuellito postizo de un "roto" de la Capital de México. Aparte de la reciente disposición emanada de un cuerno edilicio electo por el pueblo, disposición que es un verdadero modelo de "monismo" (en el sentido de "mono") a ultranza, no conozco ley alguna que determine la decencia por el color o el espesor de la prenda o en llevar lo mismo que dos, tres o cuatro ropas encima al mismo tiempo: ni insistir por un decreto, sin definir lo que entienda por "decencia", la manera de vestir de los ciudadanos.

En el paseo de la Capital más frecuentado por los turistas, puede aún verse la estatua de un rey hispano cuya fiera cabalgadura disocia un carcax indio. El espíritu inovador del H. Ayuntamiento bien podría ocuparse de remodelar ese carcax para evitar a nuestro pudor patrio un espectáculo que nos deprime y que provoca la perplejidad o la sonrisa de los extranjeritos. Cerca de ahí está el bronce de Cuauhtémoc. Seanos lógicos, señores concejales.

ciété géologique de France, 1887) Fernand Priem (La terre, les mers et les continents) Jacques Lévêq (L'Amérique et le darwinisme, 1878) y M. de Margerie (Annuaire géologique international, 1888) después, sobre todo, de la obra de Humboldt tan llena de luz y sabiduría, debiera hablarse de la vieja raza broncheca con menos desdén y más respeto. Es hoy verdad reconocida que de todos los continentes actuales, América es el más antiguo y sobre todo la América del Norte. Los aztecas, pueblo activo y laborioso, llegaron a colocarse a la cabeza de la civilización americana, construyendo canales, calzadas, suntuosos edificios y manifestando grandes aptitudes para la pesca y para toda clase de industria. Los aztecas conocían profundamente la agricultura, el modo de labrar las tierras, de sembrar los granos, de extirpar los campos de yerbas nocivas, de recolectar las semillas y tenían grande habilidad y predilección por el cultivo de las flores. Conocían asimismo el comercio, y los traficantes mexicanos viajaban constantemente de ciudad en ciudad comprando efectos en una y vendiéndolos en otra; fundían los metales preciosos, fabricaban joyas curiosísimas y de gran valor; construían notables acueductos como los de Chapultepec y Cempolotapan, tajos colosales como el de Nochistongo, tan importante y perfecto como el de Culebra en Panamá, que acaba de abrirse, y su arquitectura eran tan grandiosa que, escribía Cortés a Carlos V, "tenía—refiriéndose a Moctezuma—dentro de la Capital, casas tan grandes y maravillosas, que no puedo dar a entender de otro modo su excelencia y grandezza, si no es en diciendo que no las hay iguales en España". Antes de penetrar en Anáhuac, los aztecas eran ya inteligentísimos en agricultura y después construían casas de cal y piedra de dos pisos, con sus salas, cámaras y patios perfectamente distribuidos y el techo llano, de maderas finas exquisitamente labradas. Construían arcos, bóvedas, cornisas y muros bien rectos, perpendiculares, blancos y bruñidos, así como fortificaciones y baluartes

con sus parapetos, fosos y trincheras; eran grandes tejedores, distinguiéndose particularmente por sus trabajos en las plumas más hermosas y delicadas de los pájaros; conocían la Astronomía, las Ciencias Naturales y la Botánica, llegando a dar a conocer al naturalista español don Francisco Hernández, 1,200 plantas con sus propios nombres y 200 especies de pájaros y gran número de cuadrúpedos, peces, reptiles, minerales, etc.; tenían buenos músicos, pedagogos, pintores, escultores, practicaban juegos y ejercicios gimnásticos y tenían idea del teatro como institución moralizadora e instructiva y se asegura que se servían de balanzas para pesar los metales. Las bibliotecas de Francia (Toulouse, Bayona) de las cuales he tomado preciosos datos, así como la del Senado de Washington, contienen preciosísimos documentos ignorados o callados por la mayoría de los autores mexicanos y españoles. Francis A. Allen, en su obra "La très ancienne Amérique" dice que "la tragedia que en el viejo mundo tuvo por desenlace la caída del Imperio romano, se repitió en el nuevo mundo y que los godos, los hunos y los vándalos de América, consiguieron destruir una civilización que podía rivalizar con las de Roma, de Nínive, del Egipto y de la India".

"Así se comprende, —dice otro autor,— que concienzudos arqueólogos hayan llegado a sostener que cuando los otros continentes estaban habitados por salvajes nómadas de la Edad de piedra, América se hallaba poblada por hombres que construían ciudades y monumentos grandiosos, manifestación de un estado social avanzado y culto".

¿Dónde está pues la cacareada imperfectibilidad de la raza americana? ¿Qué son los actuales directores blancos de América sino los hijos degenerados de la civilización greco-romana? ¿Podrán alegar que los actuales griegos y romanos son también y por análogas razones, imperfectibles?

El autor de estos apuntes no pretende exhibir una erudición de que carece. Estima que es menos útil cono-

cer las costumbres y la civilización de los habitantes de América en remotísimos tiempos, que observar las de los indios de su tiempo, con sus propios ojos y sin sugerencias históricas o literarias de ningún género. Simboliza en Madero el moderno pensamiento de fraternidad ibero-azteca porque Madero fué el único de los gobernantes de América, Juárez inclusive, cuya inteligencia pudo abarcar, en toda su extensión, el gran problema de Justicia y de Paz que tanta sangre ha costado a la desventurada patria de Cuauhtemoc.

En mi acopio de observaciones sobre la raza broncínea, una sola me descorazona y desconcierta: su falta absoluta de solidaridad, circunstancia favorabilísima para su fusión con los mestizos y aun con los criollos, pero que retardará la liberación de los más, su enrolamiento en los cuadros de sus hermanos civilizados.

Entre los indios notables que he encontrado en casi todas las poblaciones centrales y meridionales de la República —sabido es que en el Norte quedan pocas tribus indias— algunos han podido elevarse a los más altos puestos profesionales, comerciales o administrativos; pero no parece sino que el broncíneo, en cuanto se encumbra, hace todo lo posible para que se olvide su origen, adhiriéndose a los intereses de sus mayores enemigos e invocando un vago origen hispano apenas denotado por el bigote o el apellido. Empero, ¿quién en Madrid, reconocería a Magón, a Moheno, (zambo), a Urrutia (vasco) a Vera Estañol (zambo) a Cahuantzi como uno de los suyos? Como tampoco a Huerta o a Rosendo Pineda. (1).

(1) Cuando el gran negro Federico Douglass, antiguo esclavo y orador popular, fué obligado en Pensylvania a trasladarse al wagón de mercancías no obstante haber pagado su boleto como los demás, se irguió sobre su maleta que le servía de asiento y exclamó: "Nadie es capaz de degradar al negro Federico Douglass; al alma que está en mí no le llega a ningún hombre. No soy yo el degradado por esta injuria sino los que han querido hacérmela."

Durante una ceremonia de Chapultepec, cierto alumno del Colegio Militar, de pelo lacio y rígido como palillos de tambor, tan indio como Cacama, pronunció airosamente estas palabras: "Somos hijos del Cid". Pareció aquello tan natural, que no pude encontrar la menor sonrisa en el auditorio. Y sin embargo, yo no podía contener mi hilaridad ante aquella inesperada declaración, tan afirmativa como un credo, porque recordaba el prudhomesco profesor haitiano, negro como un túnel: "Nuestros antepasados los galos...." "Este sable es el día más hermoso de mi existencia", decía Joseph Prudhomme.... Yo nunca he visto, como aquella vez, al ridículo presentarse con tanta compostura. El joven alumno prosiguió su discurso sin percatarse de la cara que habría puesto el Cid al encontrarse con tan extraño descendiente....

El indio instruido de nuestros días es un renegado, hay que declararlo sin ambages. Traiciona su pasado y hace más daño a los intereses presentes de su raza que cien criollos, porque tiene más carácter y provoca el desprecio aun en aquellos que sienten piedad por los suyos. Puede censurarse, en nombre de rancios prejuicios, que el individuo perteneciente a una raza favorecida se incline, por caridad, a una raza infortunada; pero no conozco nada más despreciable que el hombre que, venido de humilde origen, se coaliga con los enemigos, con los opresores de su familia, cediendo al más bajo y más inconfesable de los sentimientos. La cara de semejantes hombres es una protesta contra su traición. El General Armstrong defendiendo en las Carolinas los intereses de los negros contra los blancos, es admirablemente justo; pero no se concibe sin horror a Booker T. Washington, apóstol de la causa de sus hermanos en la Unión Americana, o a cualquier otro negro, en oposición con los intereses de los negros. Estañol, Moheño, Pineda y Urrutia son tan inconsecuentes y tan traidores a su raza como Huerta lo fué a su raza, a su protector y a su bandera.

¿Cómo explicarse esta abjuración de los indios "lo-

grados" y su indiferencia cuando no su oposición a intereses que debían serles tan queridos? Entre el negro y el Indio hay por lo menos esta apreciable diferencia: *El Indio es un más que ha venido a menos y el negro es un menos que siempre ha sido menos.* Pero mientras el negro se solidariza, crea sociedades y hasta sectas (1) y cuando se eleva defiende en el parlamento, en la prensa, los intereses de sus hermanos, el Indio, en cuanto se eleva, corre a agruparse al criollo, se solidariza con éste y de nada tiene más prisa como de hacerse perdonar su origen, olvidando voluntariamente que él no es, como el negro, un intruso, un trasplantado, sino el representante de la vieja raza dueña y pobladora del suelo que pisa desde inmemoriales tiempos. Desenraizarse así, en una pobre y pasajera individualidad lograda, de toda una espesa capa nutrida de intereses conjuntos; pretender arrancarse del tronco racial, robusto aunque abndonado, fecundo aunque inrigado; mutilar su estirpe; invertir la suma de sus deberes y sus derechos; tornar en incoherencia, en incongruencia, la moralidad, la dignidad, la serenidad de su vida; comprometer la propia estima y atraerse el desprecio después de haber, a brazo partido, con-

(1) Debo repetir que mientras los criollos no observen con imparcialidad a sus hermanos broncóneos; mientras no comparen al Indio con las razas sojuzgadas de otros países; mientras no lean lo que muchos extranjeros han escrito sobre ellos, la barbarie, la iniquidad y todas sus consecuencias se prolongarán indefinidamente. Los negros, con su ñafiguismo, sus brujerías y la persistencia de peligrosas costumbres aun en el seno de las sociedades blancas, son con frecuencia una verdadera calamidad que nos imposibilita su compañía. En Luisiana, en Jamaica, en Cuba, en Costa Rica, he conocido ritos de barbarie fría, de barbarie sectaria que jamás he encontrado en el Indio de América. Y, sin embargo, compárese la situación de las dos razas. La una, libre, bien nutrida y en algunos lugares próspera; la otra, esclava, hambrienta y atormentada. El buen humor de los negros contrasta con la característica tristeza de nuestros indios. Tan grande es la influencia de la vida popular sobre las clases superiores, que el criollo mismo se reciente de su ánimo. Mientras el criollo mexicano es taciturno, afectado, ceremonioso y tímido, el humor del criollo de Cuba es alegre, natural, desenfadado y frívolo. Con el mismo origen, en el mismo clima, bajo el mismo cielo, los dos hermanos hispano-americanos difieren en el carácter y reflejan en su humor la felicidad o el infortunio de sus clases populares.

quistado el aprecio; transgredir la naturaleza, aportar a su existencia en suma, como único resultado, todas las discordancias, perturbaciones y desequilibrios consecutivos a todo lo ilógico, ¡qué aberración y qué locura! Cuando pensamos en ello, nos parece que todas nuestras anteriores observaciones caen por tierra, porque una aparente lógica nos dice: si él que se conoce, no se estima, ¿cómo puedes estimarlo tú? Pues bien, sí, porque si él se ignora, yo sí le conozco, y en todo caso eso no prueba más que una cosa: que carece de orgullo de raza. ¿Por qué? Porque nada tiene que admirar en su raza, cuya historia fué destruida en las hogueras de la inquisición. Que se exhume la historia de su pueblo, que se implante una educación cívica nacionalista, que el Indio aprenda, cronológicamente, a conocer a Zacatl, a Topiltzin, a Jolotl y a Nezahualcoyotl, a sus héroes toltecas, aztecas y chichimecas antes de presentarle a Licurgo, a Platón o a don Sebastián Lerdo de Tejada; que se le nacionalice antes de europeizarlo y sobre todo, que se le desespañolice, por Dios! (1).

No preconizo la regresión. Nadie puede sustraerse al progreso. Para eso tenemos dos ojos bajo la frente y andamos para adelante. Pero afirmo que es absurdo obligar la devoción de muchos millones de niños indios hacia personajes que para nada han intervenido en su historia, con sistemática exclusión de sus propios héroes. Para que el niño aprenda a amar a su país, hay que inculcarle el culto de sus antepasados, y para que sea un ciudadano útil, para que contribuya a la prosperidad

(1) Dice "El Mundo" de la Habana: Entre los estudiantes de la Academia Agrícola de Port Royal (E. U.) formada por jóvenes de raza negra, se está repartiendo una tarjeta que dice así:

"No tienen ustedes por qué avergonzarse de su raza. Deberían por el contrario, sentirse orgullosos de ser como Dios los ha creado. Deben ustedes estar satisfechos de que la naturaleza los haya dotado con el don del canto y por la buena fortuna característica del buen humor que poseen, así como su paciencia, su optimismo y su fe. Con una educación adecuada, conseguiremos ser los mejores agricultores del mundo".

¿Cuándo un indio de México ha dirigido a sus hermanos somejantes palabras?

ridad de su patria, hay que enseñarlo a amar el trabajo, a practicar el aseo de su cuerpo y de los objetos que lo rodean (el evangelio del cepillo para los dientes, decía el General Armstrong), hay que enseñarlo a servirse de sus manos, a labrar la tierra, a fabricar ladrillos, a manejar máquinas, a tejer telas Mandar cinco mil jóvenes a estudiar profesorado a Europa y a los Estados Unidos, aconseja Chocano. Pero que se haga con discernimiento. ¿Qué van a estudiar nuestros actuales pensionados? Música, Pintura, Medicina, quizá hasta Ingeniería, pero ninguno Mecánica ni trabajos agrarios o industriales. Ni siquiera ciencias políticas y sociales. Nuestra ignorancia en Economía Política se evidencia en las Cámaras —formadas no obstante de hombres "literariamente cultos"— cada vez que se discuten cuestiones hacendarias y por esto hemos marchado siempre de desacierto en desacierto en el desarrollo de nuestra vida económica.

Un distinguido ganadero canadiense, el señor F. X. Saussier, sobrino del general del mismo apellido que fué gobernador militar de París, se ha radicado en esta provincia de Camagüey (Cuba) después de once años de residencia en los campos de Sonora. El señor Saussier se queja de no poder encontrar en Cuba trabajadores tan útiles y disciplinados como los indios que allá empleaba en sus campos. Dice que en los campos de Sonora y Chihuahua, casi no hay escuelas y no cree que haya cinco individuos de cien que sepan leer. Se admira de que haya aún defensores del General Díaz cuando en el Norte, por lo menos, su administración no hizo otra cosa que enriquecer a sus favoritos, oprimir a los nativos y preparar la revolución que inevitablemente hubiera estallado a la muerte del Dictador, en previsión de la cual, retiró sus intereses de aquel país para trabajar en éste que le presta más garantías de paz y esta-

bilidad. Un año después, en 1910, los acontecimientos vinieron a probarle que sus temores eran fundados.

Hoy, 22 de febrero de 1914, hace un año que el Presidente y el Vicepresidente fueron asesinados por el chacal Huerta.

Y también cúmplase hoy el 182 aniversario del nacimiento, allá en Bridges Creck, Virginia, de aquel grande hombre, ciudadano ejemplar, libertador de su país: Jorge Washington.

Ni siquiera esa coincidencia despertó el escrúpulo de Henry Lane Wilson deteniendo su brazo alevé....(1)

Un escritor francés que reside en México desde hace muchos años, Louis Lejeune, propone que como en Rusia, en Suiza, en Colombia y en el Salvador, el gobierno mexicano monopolice el alcohol. Admirablemente documentado, observador y ameno, Lejeune es sin embar-

(1) Recién instalado en México, en pleno régimen porfiriano, este extraño embajador, pronunció en un banquete las siguientes audaces palabras que patentizan una vez más la vanidad de los conceptos cuando un interés pasional o mercenario viene a poner a prueba su sinceridad o su fortaleza;

"...El Imperio de Carlos V, que esclavizó cuerpos y almas del pueblo de dos hemisferios, en nombre de Dios, cayó en el silencio del Escorial por el juicio divino, y ahora ni esta República ni su gran vecina del Norte, ni las Repúblicas del Sur, ni Reino, ni República, ningunos pueden vivir y adelantar a menos que sus plés DESCANSEN SOBRE LA ROCA DE LA LIBERTAD CONSTITUCIONAL. Pero tengo fe plena en el porvenir de esta República y de este pueblo, no por los vestigios que aquí dejaron los conquistadores, SINO POR MI FE EN LA SANGRE VIGOROSA DE AQUELLA RAZA ANTIGUA Y ENERGICA QUE POR MILES DE AÑOS MANTUVO AQUI UNA CIVILIZACION DISTINTA, SUPERIOR POR VARIOS CONCEPTOS A LA QUE HOY EXISTE, UNA LITERATURA Y UN ARTE DISTINTOS TAMBIEN Y QUE EDIFICARAN GRANDES TEMPLOS Y CIUDADES. Cuando expiró el último de los Gracos, tiró polvo hacia lo alto y de aquel polvo nació Mario, grande en la guerra y grande en la paz y, de igual modo, del polvo de aquella vieja civilización tolteca y azteca ha nacido la principal inspiración de la pasada grandeza de México y vendrá la energía, el poder y la eficiencia para extender el comercio sobre los mares, equipar sus ejércitos y su armada, y quizá

go menos leído en México—cuyas cuestiones trata con gran precisión e independencia—que en Francia, su país de origen. Considero la divulgación de las ideas de Lejeune, particularmente sobre este asunto, como un verdadero servicio a la causa del mejoramiento público, y traduzco los siguientes párrafos de su interesantísimo trabajo: "... De todos los monopolios, el del alcohol es el único posible en México. A la vez fiscal e higiénico, traería a los ingresos federales un suplemento de 30 a 40 millones de pesos y salvaría quizá a la raza de este mortal peligro: el envenenamiento por el aguardiente complicado de sutiles tóxicos, por estos alcoholes no rectificadas, extraídos de plantas salvajes que cubren inmensas extensiones, llanuras y montañas.

"En las sierras, cualquier destilador, con dos o tres cientos pesos por todo capital, se instala cerca de cualquier manantial, abre una fosa para la cocción e instala un alambique. Dos chamacos y cuatro burros lo proveen de sotol, de maguey-mescal, de lechuguilla, cosechados alrededor, sobre terrenos nacionales o sobre las vagas pertenencias de una hacienda cuyo propietario no conoce ni los recursos ni los límites. En tales condiciones el litro de alcohol no cuesta más que dos centavos. Cupado con agua, desgravado de todo impuesto, de renta, de gastos de rectificación y de mano de obra, el producto se vende a vil precio a los arrieros, vaqueros, gambusinos, mineros y consumidores, en fin. En el norte y en el sur, los campesinos son belicosos porque beben mescal sal-

algún Cervantes mexicano pueda en las futuras generaciones encantar al mundo con su ingenio y filosofía; algún nuevo Dante cantará su Beatriz; quizá las creaciones de algún Angelo, revelando los ideales de otras edades, no encontrados hasta hoy, alcancen las celestes palmas, y las notas de algún maestro del divino arte, no nacido aún, lleguen a ser más dulces y elevadas que las sinfonías de Mendelsohn y Beethoven.

"Que esto llegue a ser historia y no sólo profesía. Os pido a todos que os unáis a mí, brindando por los Estados Unidos Mexicanos, nación una e indivisible".

Las direcciones de la política yanqui, en este discurso pronunciado no bajo la administración de Wilson sino bajo el gobierno de Taft, están perfectamente reveladas,

vaje o aguardiente bruto. Lo son menos en el centro, la región soñolienta del pulque.

"Deberían destruirse las pequeñas destilerías de pita así como las grandes destilerías de cereales. ¿No es fantástico que en un país que no produce bastantes granos para nutrirse se permita transformar en veneno buena parte de ellos?

"Por dos centavos se engaña al hambre en este país de hambrientos. Para olvidar, se bebe. Y se bebe duro. Se bebe odio, rabia de destruir, desprecio de la vida ajena y de la propia.

"La Revolución es la Revolución" decía cierto diputado, lo que quiere decir, según entiendo, que el antiguo régimen debe desaparecer a toda costa para dejar al nuevo el lugar libre. Pero el nuevo será peor que el otro si el mal hereditario no se corrige.

"Si el alcoholismo es peligroso en el Septentrión mexicano, cuyo clima atenúa sus efectos, y en donde la opinión y las leyes lo combaten, es terrible bajo el Trópico habitado por un pueblo ignorante y entregado a sus peores instintos.

"En México no se concede más libertad que la de emborracharse. Moderándose esta, podrán entonces mejor establecerse las demás.

"Si el gran remedio, el remedio ruso, se aplicara, si la venta del alcohol se reservase al Estado, las grandes destilerías, provistas de rectificadores modernos, producirían la mercancía oficial."

Y.... —agrego yo— la mercancía oficial acabaría con el alcoholismo oficiante. Si sobre todo, el Estado llegase como en Noruega a monopolizar la misma taverna, practicándose el "copeo" en lóbregos tugurios desprovistos de espejos y demás atractivos; si de la cantina, la pulquería o la piquera llegase a hacerse un antro de estricto vicio en vez de ser un lugar de distracción en suma; si el alcohol fuese servido al cliente por funcionarios ásperos y mohinos en vez de serlo por cantineros o mozos simpáticos y sonrientes, la actual generación segui-

ría bebiendo, claro, pero la nueva se libraría de esta plaga que es, según la palabra de Madero: "nuestro gran mal".

Los estragos que el terrible vicio causa en nuestra juventud y particularmente en nuestras clases pobres, han sido puestos en evidencia por los especialistas; para darse una idea exacta del mal, basta con comparar el genial abandono de nuestros paisanos alcoholizados y la pulcritud del cubano por ejemplo. El cubano puede esmerarse en el vestir no solo porque tiene mejor salario sino también porque no se emborracha.

El monopolio del alcohol por el Gobierno dañaría a todos los grandes explotadores del pueblo, hacendados o tenderos, pero principalmente a la científica "Compañía Pulquera" de México, por lo que el beneficio sería no solo fiscal e higiénico sino también político. En cuanto a los menos, los destiladores en pequeño, son tan poco interesantes como aquellos, puesto que sus alcoholes no rectificadas envenenan al pueblo.

A su triunfo, la Revolución deberá emprender una vigorosa higiene social interviniendo en las grandes negociaciones que se le han opuesto para llegar, secundariamente, a los pequeños traficantes. A nadie puede ocurrírsele barrer una escalera empezando por el último escalón.

Mientras los criollos y los extranjeros de México creyeron que la revolución maderista no trafa más que un cambio de hombres, aplaudieron con frenesí el gesto de aquel joven criollo de gran familia, que lanzándose a terrible aventura, arrojara el guante a la faz del viejo coloso. Los jóvenes aristócratas nos tenían acostumbrados a otro género de calaveradas. Pero en cuanto vieron que el obrero reclamaba, el peón se preparaba a hacer otro tanto y el Gobierno, en vez de fusilarlos en masa según los viejos usos, parecía darles la razón, dijeron: "Ah, no! Esto no va con nosotros" y se prepararon a

que los pobres juanes se tiraran unos contra otros. En el fondo, la razón de su odio profundo al régimen madeirista, no tiene otro origen que su voluntad de mantener definitivamente las dos clases tal como existen en el actual orden social: una clase privilegiada, pagando contribuciones irrisorias, reservándose las concesiones y las funciones lucrativas, teniendo siempre el "buen derecho" sobre el Jefe Político, y una clase sistemáticamente postrada en la ignorancia, en la barbarie, en la servidumbre, para sacar de ella soldados ciegos, inconscientes, y hacerse de una mano de obra irrisoriamente barata. Lo que prueba más que otra cosa que en el espíritu de estas gentes, nacionales y extranjeras, esa separación es definitiva y no debe nunca modificarse, es el entusiasmo indiscernido con que todos, aun los considerados como honorables, acogieron la siniestra combinación nacida de la intriga de un embajador atrabiliario y de dos generales sin honor. El pueblo campesino ha venido a recordar a estos hombres que el honor de su país está por encima de los apetitos y la voluntad de una clase de chupar eternamente la sangre de un pueblo que cada día saca de su miseria nuevas fuerzas para conquistar su libertad y el bienestar de su descendencia.

La raza india americana no llegó a alcanzar la civilización de los griegos y los romanos por una sola razón: la ausencia de animales domesticables en el continente. Si su civilización propia pudo ser aplastada bajo los cascos de los caballos conquistadores; si las botas de los capataces la hicieron polvo, después de cuatro siglos de contacto europeo que no ha hecho más que mantener vivo el fuego que quemó el cuerpo del sublime Cuauhtemoc y cambiar su religión, si el infeliz pueblo americano sigue estacionario, más infeliz aún que al desembarcar en las playas del continente ese mismo caballo que si ya no lo mira como su enemigo, lo sigue mirando como su igual... y si su incurable tristeza, si su eterna deses

peranza lo han hecho más alcohólico, más perezoso y más inerte, ha conservado esa bravura y esa fuerza de resistencia que bien valen las flacas cualidades de sus actuales dominadores que han perdido, inversamente, las reales virtudes de tesón, de audacia, de energía; las capacidades comerciales que sus abuelos, aquellos intrépidos piratas que conquistaron el suelo que es hoy la patria de sus hijos, poseyeron en alto grado. "Colono banquero, hijo caballero, nieto pordiosero." Los españoles saben bien lo que tienen que esperar de sus descendientes, y cuando se ve la manera como los educan, se piensa que hacen todo lo contrario de lo que debieran hacer para remediarlo.

Cuando la prosperidad de un pueblo tiene por único cimiento la paz que atrae los capitales extranjeros y no el esfuerzo de sus nacionales favorecidos por el destino para mejorar la suerte y la capacidad de sus clases productoras, esta prosperidad no hace más que preparar las revoluciones. Si el español hace de sus hijos "caballos", si nada hace para formar buenos y útiles ciudadanos, el general Díaz nada hizo tampoco para educar a su pueblo, que no sólo está compuesto de criollos, sino de una masa de indios analfabetos.

Con excepción de los criollos del Norte y diversos de Yucatán, que tienen efectivas cualidades de acción, los criollos españoles de México, como los de casi toda América (la excepcional prosperidad de Chile el Brasil y la Argentina se debe a los extranjeros o a sus criollos vascos y europeos) carecen de la energía guerrera y la perseverancia en el trabajo de sus antepasados. En un porvenir próximo, el criollo sudista deberá su salvación a sus hermanos del Norte perfeccionados por el contacto yanqui y más lejos, muy lejos quizá, sólo el Indio podrá salvar su independencia. Nuevo Japón o nueva estrella de la constelación americana. En el uno o en el otro caso, el Indio nada tiene que perder.

Mas si la energía española ha degenerado en México, justo es reconocer, en cambio, que la raza se ha perfec-

cionado notablemente en el punto de vista moral, tanto por lo que concierne a cuestiones de dinero cuanto por lo que respecta a sus relaciones sexuales y sociales. El celo, la arrogancia y la despectiva aspereza mora, en el fondo, como en la forma, se han dulcificado en nuestros trópicos.

Tengo por el criollo español una amistad muy real y bien fundada. Si lamento su superficialidad, su informalidad, su apatía, es sobre todo porque se ejercitan en perjuicio de una raza digna de interés por mil títulos, y que si no siempre explota por codicia o por crueldad como los españoles, sí la tiene postergada por ignorancia e imprevisión; de lo cual solo hasta cierto punto es culpable, pues desde niño se le ha enseñado a aceptar tan peligrosa e injusta situación como cosa irrevocable y definitiva. El criollo español es por naturaleza humanitario, sensible, y afinado, pero sin voluntad, sin disciplina moral, ni social, ni cívica, aunque muy susceptible de perfectibilidad por la educación y sobre todo por el ejemplo. Y este ejemplo se lo puede dar el Indio educado, cuyo carácter, como el color de su piel, es de bronce.

Cuán difícil es conformar su vida con sus sentimientos, sus ideas con sus actos. También en este punto, Madero es perfecto. Amaba a los animales y no comía carne. Qué apóstol ha tenido como él la oportunidad de demostrar su sinceridad? Predicó las virtudes privadas y cívicas, y jefe de su país las practicó todas (*bondad, benignidad, mansedumbre, fé, modestia continencia y castidad*). Aquí, en este hotel, converso todos los días con dos de sus parientes, y no obstante que en alguno de estos señores se observan vagos resentimientos por las persecuciones y las grandes perturbaciones que han sufrido y siguen sufriendo en sus personas y sus negocios aún cuantiosos, esas conversaciones, tenidas en momentos de la intimidad y la expansión que provoca el sufrimiento, la angustia de no tener noticias de sus familias

desde de su fuga, me persuaden cada vez más de que Madero es el hombre lógico por excelencia.

El último encuentro de Madero y Huerta. Huerta penetra en el aposento que sirve de prisión al Presidente, pronunciando estas palabras: "Vengo a ver cómo tratan a mi prisionero". Y la enorme indignación del gran traicionado explotó en estas palabras: "Bandido, traidor, usted ha manchado al Ejército". Huerta dirigiéndose a los oficiales que lo acompañaban: "Está loco", dijo. Y se alejó de allí violentamente.

En las calles de París, se encuentra con mucha frecuencia, fijada en los postes, la siguiente inscripción: "Soyez bons pour les animaux." El falansteriano Fourier mejoró la suerte de los animales no por una ley que los protegiera, sino simplemente repitiendo ese hermoso precepto hasta hacerlo penetrar en la conciencia pública. ¡Tened piedad del Indio! Yo quisiera gravar esta imploración, esta enseñanza en la adormecida conciencia de los mexicanos.

Si los autores que escriben sobre los hombres, sobre los pueblos, sobre las razas, fueran despiadadamente sinceros, jamás llegarían a la segunda edición.

Que el alemán, el ruso, el francés y el yanqui excrucien al judío, se explica. El judío, rico o pobre, tiende a chupar la sangre de sus semejantes, es el eterno parásito de la humanidad. Pero odiar a su indio, a su negro, a su esclavo, es tan absurdo como odiar a su caballo, a su perro. La comparación es justa, en cierto punto de vista.

Un respetable ministro maderista me dice que en

su primer encuentro con su víctima después de la Traición, Huerta le dirigió estas cínicas palabras: "Desde que me dió Usted la división del Norte, le tengo a Usted cogido".

Pienso en el último momento del gran Mártir. En la Habana, su viuda, ésa otra mártir, me contó que su rostro tenía una expresión tranquila. Admirable valor el de esta gran mujer que atraviesa las filas de los asesinos y sobreponiéndose a su horror, a todo lo horrible de su situación, solicita ver el cadáver del amado para depositar el último beso sobre aquella frente, cuyo centro preciso, como para robarle hasta ese beso, había sido perforado por una bala... ¿Qué mirada podrá sondear los secretos que se ocultan en los ojos de los muertos? ¡Madero, alma pura, alma de aurora!

Un rasgo que pinta a maravilla la mentalidad felixista. Cuando el primer cuartelazo, todos los criollos y asturianos felixistas decretaban con fuerte convicción que el general Beltrán "había traicionado". Si el general Beltrán, ex-director del Colegio Militar, que como lo dijo él mismo, había enseñado a sus discípulos el honor, la lealtad de su bandera, hubiera hecho lo contrario, ¿como habrían los felixistas calificado su conducta?

Vencidos los febreristas, ante el evidente fracaso de su sistema, Madero se habría inclinado al radicalismo de su hermano Gustavo y quizá hasta habría tratado con Zapata, pues no ignoraba la absurda oposición de la mayoría criolla y la urgencia de resolver los problemas agrarios. Cuando yo le exponía mi proyecto de redención del Indio por el criollo, aquel presidente de cuarenta años, aquel gran obstinado de la fe, contestó moviendo expresivamente la cabeza: "Yo sólo tengo fe en el pueblo

humilde"... ¿Con quién hicimos la guerra? "Y volviéndose hacia uno de sus amigos que le acompañaba "verdad que no la hicimos con los bombines? Con la libertad lo tendremos todo". Transmito estas palabras a la historia. Expresan el estado de alma de aquel gran sincero, un mes antes de su caída.

Lo matasteis para matar la flama, verdad? Hoy la flama es un incendio.

Pero si la obra de Madero, el gran Benefactor, no será estéril, la obra de Huerta, el gran Traidor, sólo servirá para evidenciar su impotencia. La ambición personal, después del triunfo, tendrá que replegarse al obscuro rincón del cual surgió.

El pueblo azteca no consentirá en ser gobernado por traidores. Las naciones de América que marchan a la cabeza de su civilización, los Estados Unidos, Argentina, Brasil, Chile y Cuba, repudieron un gobierno que nacido del crimen, ha deshonorado el continente. Entre Savonara y Tartufo, como entre Wilson, Embajador-Negociante y Wilson, Presidente-Universitario, media la distancia de la virtud al crimen.

Huerta ha venido a dividir a la familia mexicana en dos campos que ya no discuten, que no cambian ya ideas sino que se execran, se repelen y ya no se unen sino para pegarse marrazasos. Huerta ha venido a provocar la "lucha de clases" que tanto temió Madero y que supo conjurar en Ciudad Juárez. Con opuesto propósito, Huerta ha venido a prestar el mejor servicio a la causa del pueblo. Los padres se odian, hoy, para bien de los hijos, mañana. Las cosas claras. Hoy ya cada quien sabe por qué lucha y cómo debe luchar. Si Carranza fra-

casa, tras de la lucha de clases vendrá la "guerra de razas" que traerá la intervención o la ruina de todo lo existente.

Es innegable que la característica de los grandes hombres, de los verdaderos grandes hombres, lo que los diferencia de los falsos, de las celebridades de un día, es el VALOR. Sobre esto todo el mundo está de acuerdo, y sin embargo, cuando se habla de Madero, los criollos se encogen de hombros.

Hoy que estas grandes páginas de la historia de mi país se encuentran frescas en el espíritu de algunas inteligencias selectas, doy gracias al destino de haberme traído al mundo en un momento propicio para medir lo que la humanidad contiene de miseria y lo que encierra de sublime.

Los rasgos de valor del Apóstol no son ignorados, porque todos los actos brillantes atraviesan los duros cerebros de las más degeneradas multitudes y sin embargo, aun hay quienes pregunten: entonces ¿cómo es que dimitió? Pero desgraciados, dimitió cuando no le quedaba un soldado, cuando todos los que tenían un arma lo habían traicionado y no obstante, sólo lo hizo después de haber obtenido la promesa formal de que todos sus amigos, sus fieles, tendrían asegurada la libertad y salva la vida. Insensata y criminal hubiese sido la resistencia de Madero en semejantes condiciones.

He visto la tierra cubierta de sangrientas lenguas humanas. Los metropolitanos se las han arrancado de un mordisco y las han arrojado al suelo. A la libertad corporal (libertad... ¿puede eso llamarse libertad?) a la vida (¿puede eso llamarse vida?) han sacrificado sus

lenguas. Tal fué mi sueño, mi horrible pesadilla que reconstituyo al despertar. (Un amigo me escribe que el 8 de Diciembre, en "El Imparcial," apareció un ukassé en el que con grandes letras se informa al público que todo el que propale noticias desfavorables al gobierno, será consignado a las armas.

Y me alegro. Recordáis la delicia con que aquellos hombres acogían la vil impostura diaria que les servían los periódicos? Se llevaban "la noticia" a casa, la cuidaban y la cultivaban como un pequeño arbusto....

Solo los héroes inmolan la fortuna y la vida. Los comunes mortales, por grande que sea nuestro altruismo y nuestro patriotismo, no queremos que se toque ni nuestra libertad personal, ni nuestra fortuna, ni mucho menos nuestra vida. Por eso hoy día consideramos á Huerta como nuestro personal enemigo. Lo que no pudo hacer la indignación y el honor, ¿podrá quizá realizarlo el egoísmo? Pero el egoísmo es pasivo y cobarde.

Mi frenesí libertario, mi piedad por la oprimida raza americana, me colocan en un estado de intransigencia que muchos han tomado por exaltación, apasionamiento, demencia.... Y esas almas cobardes no me inspiran piedad. No conozco ceguedad tan inmoral como la de la masa criolla de México, felixista o huertista a raíz de espantosos atentados. Pero el criollo que aplaudió el asesinato de su primer caudillo, Iturbide, a quien debe su actual hegemonía, no podía menos que absolver y glorificar el asesinato del más grande de los suyos.

Si llegais al poder, ciudadano Carranza, preocupaos ante todo de la realidad social. Pensad que la vieja mu-